

XIII Encuentro Anual de ACDE

***”Argentina después del Bicentenario: los liderazgos para el progreso”***

Jueves 3 de Junio de 2010 – Marriott Plaza Hotel Buenos Aires

Panel **Argentina, los líderes y los valores**

**Pbro. Alejandro Llorente**

Voy a tomar prestados algunos conceptos del rabino Daniel Goldman de la oración que hizo en el Te Deum celebrado en Luján.

«Identidad y memoria son dos caras de una misma moneda. La memoria nos interpela y nos demanda; incomoda al cómodo y acomoda al incómodo: Porque la memoria afirma la vida y nos compromete con la humanidad; otorga espíritu de resistencia y dignifica. Porque la memoria rescata de la humillación y del exilio. Porque la memoria exige que la autocrítica sea el ejercicio que nos ayude a retomar nuestros ideales como Nación».

Recordar nuestra identidad es hacer memoria de ser, reconocimiento que nos rescata del exilio en el cual frecuentemente nos sumergimos. Hacer memoria incomoda, pero dignifica. “Conocerán la verdad y la verdad los hará libres”, dice el Señor en el evangelio según San Juan (8, 32). Hacer memoria es recuperar el espíritu y el fuego que nos habita para instituirnos y constituirnos en nuestra verdad fundamental.

Hoy el Señor vuelve a darnos su Palabra que no anula la nuestra sino que la contiene y la exalta. Dios no roba identidad ni dignidad cuando pide

obediencia a su Palabra. Su Palabra y la mía se unen maravillosamente en una comunión virtuosa en la cual, como notas de una sinfonía, ambas necesitan articularse para expresar la belleza de la composición musical. Dios no coarta ni castra: El Señor no ejerce la dialéctica “él o yo”.

Hoy quiero recordar dos cosas:

► 1) Primero, todos los bautizados –y no sólo– hemos sido instituidos como sacerdotes, profetas y reyes. Es decir, tenemos una misión. Hoy quiero detenerme en la dimensión profética de nuestra misión. Dice el Señor por boca del profeta Joel: “Después de esto, yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres: sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños proféticos y sus jóvenes verán visiones. También sobre los esclavos y las esclavas derramaré mi espíritu en aquellos días” (3, 1-2). Por tanto, el LDC es un profeta de su tiempo.

Qué constituye a un profeta, cuáles son sus características y su misión:

a) El profeta es un elegido un suscitado para su tiempo. No elige dónde, cuándo o qué hablar. Lleva un mensaje de Dios para él y para el pueblo. Aunque el profeta haga suya esta Palabra, él no es su origen sino su portador. Por tanto, el poder de refundación que posee su mensaje no está en el profeta sino en la Palabra. Por consiguiente, ese poder sólo se ejerce en el servicio de esta Palabra. Cada vez que los profetas intentaron apropiarse del mensaje se equivocaron. Creyendo hacer un bien, hacían un mal. Esto sucedía cuando ponían la Palabra al servicio del enojo que le suscitaba la dureza del pueblo para convertirse, es decir cuando hacían aparecer su propia ira como ira de Dios.

El mensaje que lleva compromete de tal manera al profeta que es frecuente verlo hablar con su misma vida. Así Oseas se casará con una prostituta: “Comienzo de lo que habló el Señor por medio de Oseas. El Señor le dijo. “Ve, toma por esposa a una mujer entregada a la prostitución, y engendra hijos de

prostitución, porque el país no hace más que prostituirse, apartándose del Señor” (1, 2);

b) Es un personaje que incomoda y que se siente incómodo. Muchas veces preferiría callar;

c) Su fidelidad se apoya en dos hechos: a) la conciencia que tiene de ser elegido y de haber aceptado el llamado; b) la trascendencia del mensaje que lleva para su vida y la del pueblo. Hay algo muy grande en juego. Por eso, esa Palabra que lleva lo quema por dentro y no puede acallarla. El profeta se parece a un líder de ruptura porque va contra el orden establecido. Pero esto es sólo aparente. Mirado en profundidad es un LDC porque se convierte en heraldo del espíritu que animó la Alianza entre Dios y el pueblo. Espíritu que el pueblo sepultó en instituciones, leyes y modos de vivir que concentraban poder, dominaban y excluían. Muchos de estos profetas eran “marginales”: No pertenecían al grupo de profetas de la corte que estaban al servicio de los reyes. Estos últimos, voceros del poder de turno, sólo decían lo que a los reyes les gustaba oír y, además, presentaban su mensaje como si fuera la Palabra de Dios, es decir como si fuera la verdad;

d) El mensaje que trae no es un vaticinio ni futurología sino un juicio sobre la historia presente que, de no ser acatado, se prevén las consecuencias que bien pueden ser políticas. El rey Ajaz no quiere hacer alianza con Dios, como se lo manda Isaías de parte de Dios, ante el asedio del rey de Israel y de Siria porque ya tenía concebida una alianza con los asirios (Isaías 7-8);

e) Último pero no menos importante, el profeta es memoria del Espíritu, ese fuego, esa Vida, esa pasión que animaron en su momento a Dios y al pueblo a establecer una Alianza. Esa Alianza es constitutiva de la identidad de los *partners*, es decir de Dios y del mismo pueblo. Esa es la identidad, el Espíritu que, por distintas razones todas resumibles en la infidelidad del pueblo a sí mismo y a Dios, se fue apagando y perdiendo.

Por eso, cabe recordar lo que el Señor nos dice en Lucas 11, 35: «Ten cuidado de que la luz que hay en ti no se oscurezca».

► 2) Segundo: Lo que diré ahora no se suele escuchar pero es importante hablar de estas cosas. Estamos en un contexto de combate espiritual. Esto no es nuevo. Está en la Escritura. ¿Qué significa? Que hay una lucha y lo que está en juego es la persona, su vida, su dignidad, su libertad. “Esta es la libertad que nos ha dado Cristo. Manténganse firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud” (Gálatas 5, 1). Se trata de un combate cuyo primer campo es nuestro corazón, es decir nosotros mismos y todos los involucrados activa o pasivamente en nuestro diario accionar. Dado que a no pocos les cuesta hacerse cargo del mal que hay en su interior y lo proyectan poniéndolo fuera de sí mismos, no entro ahora en el debate sobre el demonio como un ser con existencia propia. Me interesa destacar que somos responsables de los males que causamos y que –a esos males que están en nuestro interior y son “nuestros”– la tradición espiritual también los llama “demonios”.

Recién alguien preguntó a Carlos Pagni quiénes, en su opinión, deberían estar afuera de la política. Yo les aseguro que, si el Señor pusiera a luz nuestras acciones, las de ustedes y las mías, en este salón no queda nadie. Por eso, mejor preocupémonos de convertirnos primero nosotros y hacernos cargo del mal que por comisión u omisión hemos causado y causamos. Sólo con eso, tenemos para ocupar una vida.

¿Cómo habla la Escritura del demonio o cuáles son sus características?

- a) Se presenta como si fuera Dios. Es decir, se presenta bajo la apariencia de la Vida. Esto significa que se puede esconder detrás de verdades parciales (II Tesalonicenses 2, 4);
- b) es homicida, mentiroso (Juan 8, 44) y ladrón (Juan 10, 1);
- c) no va a la luz, opera en la oscuridad, por detrás, una suerte de testaferrero (Juan 3, 20);
- d) busca continuamente ponernos trampas (I Pedro 5, 8);
- e) es acusador, busca permanentemente generarnos culpa para distraernos o para paralizarnos (Apocalipsis 12, 10).

Todas estas acciones de dirigen a distraernos y, si puede, a desanimarnos de llevar adelante la misión central de cualquier cristiano: vivir en comunión consigo mismo y con los demás. Esto se traduce como vivir en el amor, vivir en comunión. Lo que se opone al amor es el odio y lo que se opone a la comunión es la división (I Juan 3, 15). Ustedes no son “empresarios cristianos” son cristianos que viven su vocación al amor como empresarios.

Por consiguiente, cuando hablo de LDC me refiero hoy a esta dimensión profética en el contexto de un combate en el que está en juego la persona, su vida, su dignidad, su libertad. Cuando nuestra acción se puede multiplicar e influir positivamente sobre otros, todos ejercemos liderazgo, aunque formalmente no seamos lo que solemos llamar “líderes”. Así como la Iglesia buscaba evangelizar al jefe de la tribu porque detrás de él se convertía la tribu, lo mismo sucede, pero al revés, donde hay poder de multiplicación del bien. Aparecen toda clase de obstáculos, propios y ajenos<sup>1</sup>.

### **1) Etimología y juego de palabras**

Voy a tomar el verbo “contener” cuyo sustantivo es “contención” en dos sentidos relacionados:

a) “TENER EN”: Lo que se tiene “en” o “dentro de” ciertos límites y evita el desborde, el salirse del borde o límite, extralimitarse. Se trata de evitar el desborde

---

<sup>1</sup> La cuestión del discernimiento de los obstáculos interiores es muy compleja. Además de nuestro mal o pecado, se observa una propensión a sufrir. Para muchos, por sus historias personales, sufrir es lo que saben, lo que manejan. En su imaginario, una situación distinta, objetivamente placentera, les puede causar temor inconciente porque no sabrían cómo manejarla. Pareciera que el bien que es “muy bueno” (muy luminoso o vital) atrae pero, al mismo tiempo, causa rechazo. Como si fuera demasiado para nosotros. Me ha sucedido que cuando alguien está en un momento de mucha felicidad siente que en cualquier momento le sucederá algo negativo. Como si eso no pudiese durar o no somos dignos de tanta felicidad y tanto bien.

para que algo no se desparrame y se pierda. Si tomamos la palabra contención y hacemos un juego libre de palabras, lo que se tiene dentro de ciertos límites supone una cierta “tensión” que mantiene cohesionado eso que se contiene. Este sentido es el que acoge en su seno lo diferente. Es la dimensión del contener que evita transformar un adversario en enemigo.

b) “TENER CON”: lo que se tiene “con” otros, lo que se tiene en común. Cuando ese otro con quien se tiene algo en común es Dios, lo divino, la divinidad, acontece esa participación que los griegos llamaban “en *Theos*” y de allí entusiasmo: inspiración que proviene de ese estar en Dios. Esa inspiración, luz, sentido, fuego, pasión, ese espíritu está en cada persona, aún en los que vemos tirados en la calle: Ha sido puesto en cada uno por Dios. Por tanto, lo que hay que mantener (“tener en o dentro”) es ese espíritu que está llamado a circular entre todos (participación) y que no se deja poseer por individuos, estructuras, leyes, ideologías, partidos, instituciones, etc. Los “demonios” interiores y exteriores intentan bloquear la circulación. Una suerte de “infarto” social. Eso parece haberle sucedido a Juan Ramón.

## **2) *El LDC como el centinela que vela para que ese fuego no se apague***

«Hijo de hombre, yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel. Cuando escuches una palabra de mi boca, tú les advertirás de parte mía» (Ezequiel 3, 17).

Un LDC entonces, debe tener en cuenta quién es, para que está y las dificultades que deberá enfrentar. Yo mencionaré sólo alguna.

- El desgaste y el debilitamiento: Acedia

Por qué primero la acedia. Porque, como dije, un líder es multiplicador. Si se lo cansa y desanima se genera un perjuicio a muchos otros, los primeros

beneficiarios de esa multiplicación. La acedia o *tedium vitae*, el demonio del mediodía, intenta desalentarnos, robarnos el fuego que hay en nosotros, apagarlo. Dejarnos con la amarga sensación de que nada tiene sentido y que, de ese modo, bajemos los brazos. Las manifestaciones de la acedia pueden ser de signo contrario como el desgano y el activismo. Además se manifiesta como inestabilidad interior, necesidad de cambio por el cambio; cuidado excesivo de la propia salud; ansiedad; espíritu crítico del prójimo; miedo a la soledad; etc.

Santo Tomás de Aquino, en su *Suma Teológica* (II-II, Q35), considera la acedia como una “tristeza que de tal manera deprime el ánimo del hombre, que nada de lo que hace le agrada, igual que se vuelven frías las cosas por la acción corrosiva del ácido”. Como consecuencia de esta tristeza, se produce un “hastío para obrar” que paraliza el impulso hacia Dios y hacia el mundo. La acedia mata al amor.

Existe en latín toda una familia de palabras emparentada con acedia, tales como: *acer, acris, acre, acetum, acerbum...* Aceto en italiano es vinagre. Esto nos lleva a pensar, en sentido figurado, que la persona ha sido invadida por una acidez que la ha vuelto “avinagrada”. La lengua japonesa utiliza el término *mu-ki-ryoku*; es decir: *mu* (falta, carencia), *ki* (energía), *ryoku* (fuerza, poder). También se puede traducir por *iya-ki*, o sea: *iya* (hartarse, cansarse, aborrecer), *ki* (energía). El que sufre el asedio de la acedia es un fatigado y cansado, un des-energizado y des-dinamizado<sup>2</sup>.

Cuando se pierde el espíritu y el fuego, el sentido de las cosas, el alma, se pierde el principio vital unificador que confiere fuerza y alma (en latín *animus*, ánimo, viene de *anima*, alma) a todo lo demás. Eso lleva a una desintegración que comienza en nuestro interior. Aparece el miedo de perder que, en realidad, es temor de “perder-me” porque me siento des-integrado. Este miedo está en la raíz de mis conductas defensivas y reactivas. Aparece un fuerte deseo, a veces ligado al enojo, de que venga alguien a “poner las cosas

---

<sup>2</sup> Las notas sobre la acedia las tomé de la carta circular “Tristeza corrosiva del deseo de Dios” (26/01/2007) del abad Bernardo Olivera. Está a disposición para quienes la deseen.

en orden”. Este “orden deseado” suele ser la proyección de mi propia división interior, percibida o sentida de alguna manera pero no hecha conciente.

Otro de los efectos de la pérdida del principio que da sentido a las cosas es confundir la parte con el todo, hasta el extremo de exacerbar lo parcial. Cuando la parte asume la categoría de todo, se la lleva al extremo. Esto se ve en el culto al individuo, al cuerpo y a la belleza física, en la defensa a ultranza de los intereses sectoriales por sobre el interés general, en la defensa de una verdad parcial sin importar el costo. La exacerbación de verdades parciales a veces suele ser más grave que la misma mentira. De esta manera se pierde de vista lo esencial y otras cosas, parciales, ocupan su lugar.

- La hybris o la desmesura

La **hybris** (ὑβρις: *húbris*) es un concepto griego que puede traducirse como “desmesura”. En la Antigua Grecia aludía a un desprecio temerario hacia el espacio personal ajeno, unido a la falta de control sobre los propios impulsos. Sentimiento inspirado por pasiones exageradas consideradas enfermedades por su carácter irracional y desequilibrado. Más concretamente inspirado por Ate (la furia o el orgullo). En la mitología, Ate (Ἄτη: ruina, insensatez, engaño) era la diosa de la fatalidad, personificación de las acciones irreflexivas y sus consecuencias.

El hombre que comete hybris es culpable de querer más que la parte que le fue asignada en la división del destino. El castigo a la hybris es la Némesis, el castigo de los dioses que tiene como efecto devolver al individuo dentro de los límites que cruzó. Hoy diríamos que es un hombre no dispuesto a resignar nada ya que lo quiere todo para sí. De este modo, es imposible que articule con otros a nos ser para instrumentalizarlos en su servicio. Por eso dice Pablo a los Gálatas: “Ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad, pero procuren que esta libertad no sea un pretexto para satisfacer los deseos carnales: Háganse más bien servidores los unos de los otros, por medio del amor. Porque toda la Ley está resumida plenamente en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si ustedes se están

mordiendo y devorando mutuamente, tengan cuidado porque terminarán destruyéndose los unos a los otros” (3, 15).

La moral griega es una moral de la medida, del justo medio que no es “ni mucho ni poco” sino el máximo bien “posible”, no ideal, pero teniendo en cuenta los límites propios de la realidad y de las personas. La moderación y la sobriedad, obedeciendo al proverbio *pan metron*, significa literalmente “la medida en todas las cosas”. El hombre debe seguir siendo consciente de su lugar en el universo, es decir, a la vez de su posición social en una sociedad jerarquizada y de su mortalidad ante los inmortales dioses. En el derecho griego la *hybris* se refiere con mayor frecuencia a la violencia ebria de los poderosos hacia los débiles.

### **3) Si el LDC deja su lugar ...**

“Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad” (II Timoteo 1, 6-7).

Un líder que abandona su misión de contener entrega lo suyo, se pierde a sí mismo, abandona su misión, claudica en su ser. Entrega la Palabra de Dios al hacerla vana, es decir al proclamar con su defección que esa Palabra no tiene poder para transformar la realidad personal y social que el líder vive. También, entrega la palabra que está en su corazón y que es el faro de su realización como persona, su identidad, su carácter único, y comienza a vivir del pensamiento, las experiencias y las palabras de los otros. De ese modo, ya no es capaz de juzgar por cuenta propia. Escucho a tantos empresarios que defienden principios de la teoría económica como si fuesen dogmas intocables sin juzgar si, en la práctica, se usan para excluir y dominar. Por eso dice Pablo a los Corintios: ¿“No saben ustedes que los santos juzgarán al mundo? Y si el mundo va ser juzgado por ustedes, ¿cómo no van a ser capaces de juzgar asuntos de mínima importancia? ¿Ignoran que vamos a juzgar a los mismos

ángeles? Con mayor razón entonces, los asuntos de esta vida” (I Corintios 6, 2-3).

Otro síntoma del abandono del lugar es la división interior y exterior que vive. Razón versus corazón, ellos contra nosotros, etc. De ese modo, parcializa, exagera su propio interés en detrimento del interés común, busca a toda costa “salvarse”, tal vez porque se siente perdido. Salvación y perdición son dos términos del combate espiritual. La expresión final de esta entrega del propio lugar es cuando se negocia lo innegociable. Se ceder, se cede con el fin de lograr algo o no perderlo todo, se “concede”. Es frecuente ver a empresarios devenidos “concesionarios” porque cedieron lo propio, el espíritu emprendedor en aras de una parte, una “tajada”, que ata. El precio de esa atadura es la libertad, la dignidad. Un precio muy alto, el mismo que Juan Ramón no quiso pagar.

Muchas gracias.